

# Mediterranez

M. VÁZQUEZ MONTALBÁN

Y allí estaba. La plaza del Rei y Maria del Mar Bonet merodeando la voz por calas secretas o lanzándola como una estela, mientras las gaviotas se asomaban al espectáculo mágico para contemplarlo, cómo no, a vista de pájaro. Hace muchos años, tras escuchar las versiones de Teodorakis de María Faranduris pensé que no había mejor voz en lo que ahora llamamos el Estado de las autonomías que la de Maria del Mar Bonet. No sólo la plasticidad de su voz les venía como una miel a las canciones del griego, sino que Maria del Mar es una militante del Mediterráneo, que como todo el mundo sabe no es un mar, sino un clima y una isla imaginaria y a veces metafórica.

Y le insistí varias veces a la cantante para que se dejara... se dejara guiar por el impulso que la llevaba hacia las canciones de Teodorakis como una maravillosa tentación que por fin se ha cumplido. La otra noche, Maria del Mar cantó una de las canciones más hermosas que jamás se hayan escrito, *En la playa*, y tras dejar en la noche una marca tierna de melancolía elegiaca, se hizo tabernera, tabernera mediterránea, y cantó con alegría de viaje propicio las inocentes glorias del vino y del amor. El público asistió progresivamente entregado al crucero que le llevaba de Turquía a Mallorca pasando por Grecia y Nápoles, y cuando despertó del embrujo seguía en el Mediterráneo, vigilado por excitadas gaviotas que trataban de secundar la voz de la cantante y convocado por las campanas que de vez en cuando se sumaban al recital como si fueran un efecto acústico convenido.

Esfumado el embrujo, allí estaba, la plaza del Rei. Maria del Mar Bonet bajo las luces, recogiendo el entusiasmo del público que la obligó a regalar hasta cinco canciones porque no quería volver a casa, o en último extremo, como Ulises, volver después de merodear por el Mediterráneo que, repito, no es un mar, sino un clima y una isla. Es decir, una segunda piel y una patria sin otras fronteras que el mar, ámbito para la conciencia escindida entre vivir o pensar la vida en el que resuena la sentencia del ambiguo Tiresias: "Deja de estudiar los fenómenos celestes y de examinar los fines y principios de las cosas; escupe sobre los razonamientos de los sabios considerándolos charlatanería y busca ante todo pasar de largo, adecuado a tu presente, riéndote de casi todo y sin preocuparte por nada". Lástima que Tiresias viviera tan amargado y no sea optimismo tabernario lo que emane de su filosófico rollo a Menipo. Ante el baño de mediterraneidad en que nos metió Maria del Mar la otra noche, me parecía más mediterráneo el tudesco Hölderlin que el amargado Tiresias: *Los dioses se han marchado, nos queda el pan y el vino...* El público estaba unido por la comunión de los huérfanos de divinidades y en cuanto Maria del Mar dejó de cantar se fue a buscar la columna de un buen vaso de vino.

Article de Manuel Vázquez Montalbán sobre el recital de Maria del Mar Bonet a la Plaça del Rei, publicat a El País el 3 de juliol del 1993.

Artículo de M. Vázquez Montalbán sobre el recital de Maria del Mar Bonet en la Plaça del Rei, publicado en El País el 3 de julio de 1993.

M. Vázquez Montalbán's press article on the recital of Maria del Mar Bonet at the Plaça del Rei, published on the 3rd of July, 1993, El País journal.



## La voz de María del Mar continúa impresionándonos con la plenitud de sus logros y por lo drástico de su búsqueda

**M**aría del Mar Bonet acaba de presentar un disco que es un monumento a la belleza y un alarde de elevadísima exigencia, como todo lo que ella hace. Llega esta vez de la mano de Theodorakis, acogidos ambos al prodigioso reclamo de la música popular helénica. Era un puerto —o mil puertos— en que María del Mar tenía que recalar forzosamente. En el viaje consiguio lo que parecía imposible: igualar el poderío de una Agnes Baltsa, cuyo disco *Songs my country taught* suena permanentemente en casa. Ahora son dos voces para mi serenidad.

Guiado por tan esperanzadoras previsiones estrené el verano con un recital de María del Mar. El escenario habitual era la plaza del Rey, en el corazón del barrio gótico, con gaviotas graznando ruidosamente en un cielo turbio, a punto de tormenta. No podía pedir la mallorquina escenario más adecuado para su rememoración de los caminos que jalonan la historia y anécdota de nuestro mar. Senderos de coral, cuevas submarinas, perlas en el tridente de Poseidón. Cuando la tempestad se decide a rugir es como la historia de aquella gorgona que era hermanita del magno Alejandro, nada menos. Sus rugidos o gritos de dolor encrespaban las olas, motivando esos desaires que desconciertan a los viajeros, convencidos de la placidez de nuestras costas. Los navegantes de la antigüedad sabían que no es así. Sabían del melteme, que azota a las islas del Egeo, en agosto y siempre sin avisar. Conocían las catástrofes que puede desencadenar la hermana de Alejandro, "cerca de Creta", como precisa la voz de María del Mar. Y a fe que no podía ser otro lugar.

En la plaza del Rey, la voz consiguió aplacar a los propios dioses, retrasando la tormenta a su antojo. La voz surgía en estado de gracia para efectuar su paseo mediterráneo: una

calle de Atenas para un lamento triste, una playa de Creta donde juegan los amantes; también los dorados jardines de Túnez, los robustos olivos baleares y, siempre en el interminable rizo de la mediterraneidad, dos maravillosas canciones napolitanas, todavía inéditas en disco. Pero destaca en su actuación un canto a Hipócrates que conjura la alegría de vivir, la quimera del amor y un delicioso intercambio entre los vinos del Mediterráneo: el moscatel de Deyá pidiendo vino de Arlés y éste anhelando retzina de Olimpia.

Al conjuro de los escenarios añorados, la música continuaba desgranando maravillas. ¿Cómo es posible que algunas continúen inéditas? Yo no sé si María del Mar es popular en la medida que merece. Sí es una cantante de culto y muy amada por un público sensible y exigente. A principios de los años setenta se decía que era la mejor voz de España; hoy podría afirmarse lo mismo y añadir que es la artista cuya trayectoria merece más respeto. Cuando muchas voces se apagaron en poder de mercados fáciles, la de María del Mar continúa impresionándonos con la plenitud de sus logros pero también por lo drástico de su búsqueda. Pasó de cantautora de los años sesenta a investigadora de la música étnica, producto de las culturas que la fueron impregnando. Su discografía es un auténtico tesoro y un muestrario de la incorporación

de elementos puros, siempre en la búsqueda de las propias raíces.

Ignoro si, haciendo algunas concesiones, María del Mar habría llegado a más público. Me consta que nunca las hizo. En 1970 Circa, un famoso *impresario* francés quiso lanzarla a nivel peninsular —como se decía entonces— y, después, a nivel internacional, como se llama siempre a la ambigua meta soñada por muchos de nuestros artistas (meta que, últimamente, se limita a Miami, pronunciado *Miami* para demostrar la endemoniada internacionalidad). Grabó María del Mar un producto digno, una canción de Bárbara titulada *El águila negra*, si no recuerdo mal. Me mandó el disco a Roma y toda una Elsa Morante quedó subyugada. Recuerdo que dijo: "Es una voz ideal para la canción popular". "Es precisamente lo que hace siempre" —contesté—. Y lo que continuó haciendo, inventando a cada momento y renunciando a la imitación, por importante que fuese el modelo.

Recuerdo, hace dos años, un excepcional programa televisivo de Sergi Schaaff, uno de esos programas que la televisión pública ha dejado de hacer. Era un resumen de la carrera de María del Mar... ¡precisamente cuando su carrera empezaba a madurar! Nos maravillaba en aquel momento que una voz ideal correspondiese a una belleza irreprochable. Luis Racionero siempre la idealizó como una virgen del renacimiento; tenía razón, pero aquella *madonna* evolucionó con la voz. La serenidad dio paso a la pasión, el hielo al fuego, el equilibrio renacentista a una furia acaso bereber. Su actual periplo helénico la devuelve a unos orígenes que no son únicos ni incompatibles con todos los demás. Ha acabado por encarnar el prestigio de una máscara trágica que, de vez en cuando, acepta sonreír para recordarnos que, en el origen, existió Dionisos. □

TERENCI MOIX



# Maravillas griegas de María del Mar

Article de Terenci Moix sobre el recital de Maria del Mar Bonet a la Plaça del Rei, publicat al diari El País el dia 18 de juliol del 1993.

Artículo de Terenci Moix sobre el recital de Maria del Mar Bonet en la Plaça del Rei, publicado en El País el día 18 de julio de 1993.

Terenci Moix's press article on the recital of Maria del Mar Bonet at the Plaça del Rei, published on the 18th of July, 1993, El País journal.